



El Casco de la Salvación

Tomen el casco de la salvación. Efesios 6:17a

Cuando los niños llegaron al Club se sorprendieron por lo que estaba en la mesa donde doña Beatriz solía poner su Biblia cuando les enseñaba.

—¿Por qué hay sombreros en la mesa? —preguntó Pepita.

Era verdad, había toda clase de sombreros y gorras en la mesa.

Doña Beatriz pidió a Samuel que le ayudara. Uno por uno él se puso los sombreros, mientras los niños decían si estaba protegido; pero ninguno de los sombreros o las gorras era buena protección si alguien le tiraba una piedra o una pelota.

Luego doña Beatriz sacó un casco, como los que usan en las minas. El casco era muy grande y le tapó hasta la nariz.

—¡Ese casco sí protege la cabeza! —gritó Pimienta, riendo de buena gana por lo gracioso que se veía su amigo.

Sal aplaudió fuerte diciendo que sí, y todos los amiguitos del Club también aplaudieron.

—Hoy hablaremos del casco de la salvación —dijo doña Beatriz—. Así como los mineros necesitan proteger su cabeza cuando trabajan en las minas, necesitamos proteger nuestro corazón.

Y les contó la historia de una mujer muy atormentada que encontró en Jesús la mejor protección.

Jesús y María Magdalena

Jesús recorría las aldeas anunciando las buenas nuevas del reino de Dios. Enseñaba a vivir en obediencia a la palabra de Dios, sanaba a los enfermos y liberaba a los que estaban oprimidos por demonios.

Una de las personas que fue liberada era una mujer llamada María Magdalena. La llamaban así porque había nacido en un lugar llamado Magdala. Esta María había sufrido mucho, porque estaba oprimida por siete demonios, que llenaron su mente de pensamientos oscuros; pero ella fue liberada por Jesús.

A partir de ese día su vida fue transformada para siempre, y lo que ella hizo quedó registrado en la Biblia, para que podamos aprender de su ejemplo.

Cuando las personas andan lejos de Jesús llenan su mente de pecado. El pecado daña los pensamientos y empuja a las personas a pensar en cosas malas. Esos pensamientos dañan la salud, afectan los nervios, y traen muchas enfermedades.

Seguramente así vivía María Magdalena, y sufría mucho.



Cuando Jesús liberó su vida, María quedó libre. Pero ella no se conformó con eso, sino que comenzó a llenar su mente con las palabras que Jesús enseñaba. Conforme aprendía, practicaba todo lo que su Maestro le decía.

María y otras mujeres no solamente seguían a Jesús, mientras predicaba, yendo de un pueblo a otro, sino que además le servían y ayudaban con sus propios recursos a pagar los gastos que se generaban.

Muerte y resurrección de Jesús

María Magdalena siguió a Jesús hasta su muerte en la cruz, junto a las madres de algunos discípulos y otras mujeres. También estuvo sentada, junto a otra María, frente al sepulcro, mientras ponían a Jesús en la tumba.

María Magdalena no dejó a su Salvador en las circunstancias más difíciles. Seguramente sufrió mucho el

momento de la crucifixión, viendo cuando Jesús cargó en la cruz con nuestros pecados. Pero luego pasó algo que ella no había imaginado.

El primer día de la semana, muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena y otras mujeres fueron a la tumba, para llenar de especias aromáticas el cuerpo de Jesús, como era la costumbre en esos tiempos. Pero cuando llegaron a la tumba, vieron que estaba vacía; ya no estaba allí el cuerpo de Jesús.

Entonces María fue corriendo a avisarles a Pedro y a Juan. Cuando ellos llegaron, solo encontraron en la tumba las vendas con las que habían envuelto a Jesús después de su muerte, pero no estaba el cuerpo; así que regresaron a su casa.

Encuentro con el Cristo resucitado

Pero María se quedó allí, llorando. Cuando se inclinó a ver la tumba, vio dos ángeles vestidos de blanco, que le preguntaron por qué lloraba. «Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto», dijo María.

Luego, volvió la mirada y vio a alguien que también le preguntó por qué lloraba. María pensaba que era el jardinero, y dijo: «Señor, si usted se lo ha llevado, dígame dónde lo ha puesto».

Pero era Jesús. Cuando le dijo «María», ella reconoció la voz de su Salvador. ¡Qué contenta se puso! Pensaba que nunca más vería a su Señor; pero allí estaba Él pronunciando su nombre y consolando su sufrimiento.

Inmediatamente, María fue a dar la noticia a los discípulos: «¡He visto al Señor!» Llena de gozo les contó lo que Él le había dicho. Fue la primera persona en ver a Jesús resucitado y la primera en anunciar que Él vive para siempre.